Continuidad de los parques

Julio Cortázar

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

De Cortázar, J. *Final de juego*. Buenos Aires: Sudamericana, 1964, 2ª ed.

**Instrucciones para el trabajo - Entrega día de 2017**

Hemos realizado una interpretación que nos permite decir que en el cuento, por los movimientos que va haciendo el narrador, tenemos acceso a la novela que lee el protagonista. Y eso ocurre de varias formas:

* mediante observaciones acerca de la postura de lectura y del modo de leer del personaje central del cuento;
* mediante comentarios meta literarios sobre cómo es el ritmo de las acciones y la trama, y algunas pinceladas sobre cómo son los personajes;
* mediante la lectura que hacemos entre líneas de la escena de la cabaña;
* mediante la lectura de la escena de acceso a la casa, en la que tenemos pistas más claras de todo lo que fue planeado en el cabaña del monte (discurso directo, discurso indirecto libre, etc.).

Reuniendo todos esos elementos y pistas, en parejas, van a componer y escribir la escena con el diálogo, que se acerque lo más posible a la que podemos imaginar que tuvo lugar en la cabaña del monte. Van a escribir, en verdad, un fragmento de la novela que lee nuestro lector. Habrá, por lo tanto, secuencias descriptivas que den el tono, y secuencias dialogales. Para la construcción de estas últimas, será muy bueno que ya integren la lectura del primer capítulo del libro ***Los procedimientos de cita: estilo directo y estilo indirecto*,** de Graciela Reyes, para ir incorporando los verbos de decir propios de la lengua española y, también, las referencias pronominales que se hacen necesarias en la sintaxis de esa lengua.